



“Estudio introductorio”

p. 11-22

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 5. Historiografía y teoría de la historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2018

572 p.

Figuras

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-0615-6 (volumen 5)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/697/historiografia_teoría.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Estudio introductorio

11

Este volumen contiene los libros y artículos de carácter historiográfico que Ortega escribió y que revelan tanto su preocupación como su vasto conocimiento acerca de los diversos problemas que plantea la escritura de la historia y sobre los cuales no hay un acuerdo común. Desde los años de su formación en México presencié los debates entre los historiadores, ya fuera entre indigenistas e hispanistas o entre positivistas e historicistas.

En estos últimos había destacado Edmundo O’Gorman, quien por supuesto fue seguido de cerca por su distinguido alumno y después colega Ortega y Medina. Pero Ortega marcó siempre la distancia entre ambos, pues no sólo acarrea la propia experiencia académica y anímica de su patria sino también la intelectual alemana, procedente de la lectura directa del alemán de autores como Wilhelm Dilthey y Friedrich Meinecke, tan comprometidos con la historia de las ideas.

Como ha podido verse en las obras ya publicadas de esta colección, es indudable la raigambre historicista de Ortega en el sentido de analizar las ideas que respaldan la actividad humana y que le permiten aquilatar a figuras como Carlos V o actitudes como las de los puritanos ante los indios de Norteamérica.

En la primera de las obras que presentamos ahora, *Historiografía soviética iberoamericanista (1945-1960)*, Ortega no sólo discute cuestiones acerca

del método historiográfico sino que también apunta hacia la interpretación soviética sobre un tema que le es caro, el de la evangelización española. El asunto no se agota en este libro sino que se complementa con otros artículos incluidos en este volumen como “Bartolomé de las Casas en la historiografía soviética” y “Crítica y contracrítica en torno a la historiografía soviética”. Vale la pena también destacar la importancia que tiene este tema en la obra de Ortega y Medina por la paradoja que presenta y que muestra su valentía intelectual. Desde sus años de juventud y a lo largo de la guerra y del exilio, Ortega fue un socialista convencido que vivió de acuerdo con sus principios; sin embargo, como historiador, hizo abiertamente la crítica de la historiografía soviética por su carácter determinista, como se presentaba a fines de los años cincuenta. Por el resto de sus días guardó con satisfacción el recuerdo de esta polémica en la que resultó el ganador no sólo en su momento sino hasta el tiempo presente. Cabe también destacar la actualidad de la crítica de Ortega y Medina cuando fue publicada, ya que dos años antes, el historiador holandés Pieter Geyl escribía acerca de la historiografía soviética a la que criticó en un tono más severo que el de Ortega pero, al igual que éste, su punto de partida son los resultados del Décimo Congreso Internacional de Historia, en Roma, en 1955. Por supuesto, Geyl se refiere a la historia europea y no a la de Hispanoamérica.¹

Por lo que toca a *Historiografía soviética iberoamericanista*, el propósito de escribir este libro surgió en Ortega y Medina, como mencionamos arriba, al considerar lo sucedido en los congresos internacionales de Historia celebrados en Roma y Estocolmo en 1955 y 1960, respectivamente, cuyo tema general había sido América Latina, donde se suscitó un debate entre los norteamericanos y los soviéticos. Dicha discusión tuvo, por supuesto, si atendemos a la época en que se llevó a cabo, un notorio trasfondo político.

A Ortega y Medina lo preocupaba que los mexicanos no estuviesen presentes. Amén de que si ya entre los académicos de los Estados Unidos habían sobresalido estudios sobre la historia de México, ahora los soviéticos entraban a la competencia en este terreno. Éstos presentaban una dificultad mayor para abordarlos debido al poco conocimiento del ruso que privaba en la academia

1 Pieter Geyl, *Encounters in History*, Gloucester (Massachusetts), Peter Smith, 1977. La parte titulada “Soviet Historians Make their Bow” está fechada en 1955 con un *postscript* de 1959, p. 541-351.

mexicana; por lo que, de paso, aboga Ortega, tan consciente siempre de la importancia de dominar varias lenguas extranjeras, por el estudio del ruso.

El interés de los de fuera por conocer el pasado mexicano se convirtió en Ortega en un acicate para que se escribiera más en México:

Nuestra parcela histórica debe ser cultivada preferentemente por nosotros, y nuestra cosecha y frutos son los que deberían servir a la digestión cultural de los otros. Es un campo en el que, aunque hayamos permitido amablemente los cultivos no indígenas, tenemos nosotros que cultivarlo preferentemente para evitar el colonialismo cultural, que es tan peligroso o incluso más que el económico y político.²

Ortega sabía muy bien de qué hablaba cuando se refería a la visión de los otros. Su estudio de la correspondencia de los viajeros que habían visitado México le había mostrado, en ocasiones, la poca comprensión con que se veía al país. Por otro lado, aunque el colonialismo cultural nos parece ya pasado de moda, hay que recordar el marcado anticolonialismo que se manifestaba desde hacía varias décadas. Pero lo que realmente le preocupaba, y de acuerdo con su postura historicista, era que se estuvieran “jugando nuestro ser histórico”.

El libro consta de cuatro partes. Una presentación de las dos obras que Ortega entrega a sus lectores, traducidas por él, una del alemán y otra del inglés de dos historiadores soviéticos: “Estado de la historiografía soviética referente a la América Latina” de M. Kossok y “Un análisis crítico de la *Hispanic American Historical Review* 1956-1958” de I. R. Lavretskii, seguidas de lo que Ortega llama “Crítica a la crítica”, la parte polémica.

Ortega y Medina censura en la historiografía soviética la profunda huella que el método deja en sus trabajos, por lo que dirigirá su crítica más a lo metodológico y a lo filosófico. Con ironía, señala además que tal apego al método sólo conduce a que el lector imagine lo que le dirán. Esto tiene otra desventaja en el empobrecimiento del estilo. Es tan simple lo que se afirma que no se necesita ya de ingenio alguno para demostrarlo (24 y 172).

2 Juan A. Ortega y Medina, *Historiografía soviética iberoamericanista (1945-1960)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1961, p. 10.

Si Kossok y Lavretskii declaraban abiertamente que su interés por la historia de Hispanoamérica iba más allá de la curiosidad académica, ya que los motivaba fuertemente la simpatía de los camaradas por los pueblos oprimidos, estaban reconociendo la carga política de su interés que justificaban al decir que, desde el punto de vista del materialismo histórico, no estaba reñida con la cientificidad y sí era un arma libertadora. Además, sostenían que los estudios historiográficos de los norteamericanos también estaban al servicio del imperialismo, pues acallaban sus propias agresiones al resto de las naciones de América.³

En “Crítica a la crítica”, Ortega se refiere también a los autores soviéticos que habían escrito sobre la Revolución mexicana. La crítica es extensa y sólida, pero en ella también muestra Ortega sus propias razones: si le había complacido la crítica que los soviéticos hicieron de la injerencia de Estados Unidos en los asuntos de México (19 y 37), le incomodaba, por decir lo menos, la que hicieron a la herencia hispánica, y que habían expresado en los siguientes términos:

El esfuerzo por idealizar el periodo del dominio español, que en sustancia es presentado como la edad de oro de la América Latina, se encuentra actualmente en manos del círculo reaccionario de las repúblicas latinoamericanas y representa muy frecuentemente un elemento importante en la lucha contra las fuerzas democráticas nacionales. El santo y seña del hispanismo, “retorno a la madre España”, que durante la Segunda Guerra Mundial ha sido frecuentemente repetido por los elementos fascistas, representa el mantenimiento de una propaganda extremada, reaccionaria y clerical, que hasta el día de hoy no ha perdido su peligrosa significación.⁴

Este libro de Ortega, que –como él mismo reconocía– no había recibido mucha atención en México, no pasó inadvertido entre los soviéticos. Un colega norteamericano le dijo que había sido comentado por Y. G. Mashbits. Ortega no se conformó con la versión en inglés sino que logró conseguir la rusa que le tradujo aquí en México Carmen Castellote de Volny, cuya lengua

3 *Ibidem*, p. 14 y 15.

4 *Ibidem*, p. 45 y 46.

materna era el ruso, con el título de “¿Crítica argumentada o ataques sin fundamento?”. Ortega la publicó acompañada de su propia defensa “Crítica y contracrítica en torno a la *Historiografía soviética iberoamericanista*”.⁵

Según Mashbits, Ortega se había equivocado al decir que los soviéticos querían imponer un imperialismo cultural cuando sólo sentían una gran simpatía por las luchas liberadoras de América Latina. Tampoco aceptaba que el método historiográfico soviético fuese dogmático, puesto que era el único científico. Es más, estaba lejos de ser monótono o pobre en su exposición ya que su estilo era muy pulido. Lapidariamente, Mashbits declaraba que: “Los fundadores del materialismo histórico, Carlos Marx y Federico Engels, ya en el siglo pasado demostraron la inevitabilidad de las revoluciones socialistas y la bancarrota del colonialismo. La historia, como es conocido, confirmó brillantemente la justicia de esta conclusión”.⁶

Ante postura tan dogmática y poco científica, Ortega se mostró polémico y lleno de ironía, más que en el libro anterior. De entrada, consideró “enojoso” que los soviéticos usaran el adjetivo latinoamericano en vez de ibero o hispanoamericano; es más, que Mashbits sustituyera por Latinoamérica los sustantivos Hispanoamérica o Iberoamérica utilizados por Ortega en *Historiografía soviética iberoamericanista*. Lo llamó simplemente “escamoteo”, pues no era más que eso al “declarar nominalmente inoperante a uno de los elementos constitutivos [de Hispanoamérica]: lo hispánico”.⁷ Este asunto lo retomará al ocuparse de Las Casas y forma parte de su aguerrida defensa de España.

Ortega defiende sus críticas e insiste en considerar muy pobre un método que todo lo reducía al determinismo económico y no veía el peso de los elementos subjetivos en el acontecer histórico. Amén de que tampoco era tan objetivo un método que dependía de actitudes políticas, respondió así a Mashbits sobre el “imperialismo cultural soviético”.

Al año siguiente, Ortega y Medina continuó el debate con los historiadores soviéticos, ahora a propósito de la persona de fray Bartolomé de las Casas. Esgrime un motivo algo parecido al que empleó en el caso del libro sobre la historiografía soviética: que los historiadores marxistas de México

5 *Anuario de Historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. v, 1965, p. 261-290.

6 *Ibidem*, p. 267 y 268.

7 *Ibidem*, p. 273.

sólo critiquen lo que se escribe en Estados Unidos y no se muestren críticos respecto a lo que los soviéticos escribían sobre la historia de México. La amonestación fue muy severa y confirma la gravedad con la que Ortega encaraba este asunto:

Lo inaudito, lo increíble incluso es que bien por pereza, o lo que es peor, por manifiesta ignorancia, el estado mayor intelectual de los historiadores marxistas mexicanos no ha respondido emulativamente a la incitación historiográfica soviética ni tampoco lo ha hecho a nuestro reto de 1961, cuando insistimos en la necesidad en que se encontraba de elaborar una interpretación marxista de nuestra historia, empero desde México; es decir, en su contorno propio y teniendo en cuenta las circunstancias mexicanas: la situación dramática nacional que no puede ser precisamente la de los rusos.⁸

No sólo su historicismo estaba reñido con una teoría que veía el curso de la historia como un encadenamiento de causas y efectos y menos establecerlo de manera determinista, sino que no podía estar de acuerdo con quienes repetían una tesis anglosajona aunque desde otro punto de vista, la leyenda negra. Los soviéticos creían a pie juntillas todo lo declarado por Las Casas y hasta lo convertían en precursor del socialismo:

lo que sí nos parece desorbitado es la transformación de Las Casas en un antecesor de los comunistas actuales, supuesto que su gran inspiración fue hacer efectivos los eternos principios evangélicos. Podemos admitir incluso, pese a la deformación histórica que ello entraña, que los comunistas se consideren [...] herederos ideológicos de todos aquellos hombres que en el pasado lucharon contra la injusticia social, contra la explotación del hombre por el hombre, contra las guerras de conquista, contra el colonialismo; pero lo que nos parece impropio es querer sacar a Las Casas de su propio telón de fondo histórico para etiquetarlo como una

8 Juan A. Ortega y Medina, “Bartolomé de las Casas en la historiografía soviética”, en *Estudios de tema mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973 (SepSetentas, 84), p. 109 y 110. Este artículo se había publicado antes en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, 63, enero-marzo 1967.

mera mercancía utilitaria y valorarlo de acuerdo con unas categorías que no le corresponden.⁹

Es más, Ortega ve en la mera pasión catequista de Las Casas (quien entre 1519 y 1524 también había intercambiado productos indígenas por baratijas españolas) basada en la “suave moción de la voluntad” de los indios, una forma de colonialismo intelectual o “intervencionismo” del que tanto se quejaban los soviéticos.

Por ello, ve a la historiografía soviética como imperialista, antihispanista y peligrosa y le sorprende que sus colegas la aceptaran sin crítica alguna; que no vieran la interpretación soviética como lo que era: la competencia política con los historiadores burgueses, muy alejada en verdad de una auténtica simpatía por los hispanoamericanos.

En el otro libro publicado aquí, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, Ortega hace un apretado repaso de la obra de Guillermo de Humboldt y de Leopoldo von Ranke, señalando sus aportaciones y limitaciones desde su punto de vista historicista. Ésta fue la primera publicación de Ortega y Medina como miembro del Instituto de Investigaciones Históricas, tras su ingreso a éste en 1977, y también la primera desvinculada de la historia de México y plenamente teórica.

En un principio y según declara en la “Advertencia”, el objetivo de Ortega era publicar y comentar algunos textos que había traducido del alemán, a saber: dos de Guillermo de Humboldt y nueve de Leopoldo von Ranke. Pero para ello era menester introducir al lector mexicano en la historia del pensamiento germánico del siglo XIX, por lo que agregó dos partes: “Análisis de los orígenes” (del idealismo historiográfico alemán a Marx y al positivismo comteano) y “La idea de la historia en Ranke”. Además, encabezó los textos con sendas presentaciones. La de Humboldt es breve, mientras que es detallada la dedicada a los nueve artículos de Ranke, de ahí que este autor ocupe la parte más importante del libro de Ortega.

El título del primer apartado sobre los orígenes es muy expresivo, “La recaída teológica”. En efecto, el análisis que presenta de los filósofos alemanes muestra que el tema fundamental de los idealistas es la caída, el *peccatum originale*. Desde un punto de vista católico, esto no representaba ningún

⁹ *Ibidem*, p. 119 y 120.

problema, pues el hombre libremente podía salvarse; pero sí lo presentaba desde la perspectiva agustina-luterana, por lo contradictorio que resultaba insertar en el plan perfecto de Dios al hombre pasional, irracional, en suma, pecaminoso. Se necesitaba entonces

cerrar la fisura provocada por la reforma luterana entre el ideal de la libertad (dignidad humana) y la doctrina de la servidumbre y pérdida de la voluntad [...]. El siglo alemán de la Ilustración es el de la fusión de la reforma religiosa con el humanismo; el de la reconciliación de Lutero con Erasmo, cediendo aquí el absolutismo del *servum arbitrium* a la humanista y evangélica *Philosophia Christi* erasmiana. Esta reconciliación con el humanismo permite que el protestantismo luterano del siglo XVIII se convierta en religión de la libertad y que se dé paso a la secularización de la historia.¹⁰

En los tres apartados siguientes, Ortega presenta el pensamiento de Juan Godofredo Herder, Immanuel Kant, Federico Schiller, Teófilo Fichte y Federico Schelling, y muestra cómo cada uno de ellos fue agregando nuevos elementos a la solución del problema de la secularización del pensamiento histórico. El hombre como individuo podía ser irracional y pecaminoso, pero el hombre como parte del curso de la historia se encaminaba hacia el progreso, el desarrollo y, hasta el fin de la historia, a la salvación. Así, la creación del hombre (tesis) y su caída (antítesis) conducen a la salvación (síntesis), la cual “se realiza a través de la evolución natural (el mundo) y el proceso histórico (el hombre).¹¹ Éstos serán los elementos de la dialéctica hegeliana, en la cual lo irracional (pecaminoso) del hombre no es sino una “astucia de la razón” que conduce al progreso humano, tal como lo concebía Kant.

Ortega trata el famoso vuelco materialista a la propuesta hegeliana en dos apartados. En la “Interpretación dialéctica materialista” muestra algunos de los componentes de las tesis materialistas, sobre todo las de Ludwig Feuerbach, a quien critica no haber visto que en las sociedades modernas también se dan el vicio y el crimen aunque haya pan, pues se ignoran los

10 Juan A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, p. 15.

11 *Ibidem*, p. 25.

valores espirituales, hasta llegar a la lucha de clases (dialéctica material) de Carlos Marx. Esta lucha, al culminar, llevaba al fin de la historia, pero ésta sería salvada por los “hombres nuevos”, los comunistas, quienes encaminarían “sus esfuerzos a la infinita tarea de la *praxis*, que ante ellos no será otra cosa sino una libertad consciente de la necesidad”.¹²

En “El mesianismo judío del *Manifiesto comunista*”, Ortega comienza por asentar que Marx, de origen judío (nieto de rabino), pero educado en el luteranismo y, más tarde “de talante antirreligioso e incluso una marcada inclinación antisemita”, no pudo escapar al ambiente judío en el que creció, por lo que no perdió “el talante y el empaque físico y psíquico de un profeta bíblico”. De ahí que el mesianismo inspiró la base idealista del materialismo de Marx.¹³ Esta base no era otra cosa sino la concepción de que el desarrollo histórico de la humanidad conduciría a un estado final de salvación para los oprimidos y para los que nada tienen: el proletariado, al que convocaba a unirse en una lucha universal.¹⁴ Ortega parece forzar la teleología marxista para inscribirla en su tesis general, a saber, que hasta los pensadores alemanes más ateos eran, en el fondo, teólogos que intentaban responder a la pregunta de cómo el hombre pecaminoso podía insertarse en el plan perfecto de Dios.

En cuanto al apartado referente a “El positivismo comteano”, pudiera parecer gratuita su inclusión. Comte no tiene mucho que ver con los pensadores alemanes ni con la historiografía rankeana. El pretexto para incluirlo es mostrar cómo hasta la presunta visión científicista de la historia de Comte estaba cargada de religiosidad (el culto a la humanidad) y de salvación cuando la historia llegara a la tercera etapa, la positiva. Además, Ortega cree que Comte es el puente entre los filósofos teólogos alemanes y la historiografía científicista de Ranke.¹⁵ Una parte del malentendido puede deberse a la tradicional consideración historicista de que Ranke era positivista. El historiador alemán, como muestran los propios textos que se incluyen en el libro, no compartía la opinión de Comte de las tres etapas del desarrollo histórico, mientras que el francés no era muy riguroso con los documentos a la hora de aplicar su método que era, sin duda, más sociológico que histórico. Se trata

¹² *Ibidem*, p. 36.

¹³ *Idem*.

¹⁴ *Ibidem*, p. 37-40.

¹⁵ *Ibidem*, p. 41.

de la misma tradición historicista que acusaba de positivista a cualquier escuela historiográfica que no tomara en cuenta al pasado como parte del presente, que no admitiera la subjetividad del historiador ni la realidad del conocimiento histórico. En suma, positivista era cualquiera que no fuera historicista, como lo ejemplificó el mismo O’Gorman cuando calificó al propio Ortega y Medina de positivista.¹⁶

La segunda parte, “La idea de la historia de Ranke”, da principio con la búsqueda de los antecedentes del método rankeano que Ortega rastrea en Juan Bodino, Jean Mabillon, Gabriel Malby y Agustín Thierry, no menos que en los eruditos religiosos que se interesaron en las ciencias auxiliares de la historia como la paleografía, la diplomática o la filología. En cuanto al modo de hacer historia, Ranke de ninguna manera había sido original, aunque sí fue un gran defensor de la crítica documental y de una historia presuntamente objetiva, imparcial y científicista decimonónica.

También dedica Ortega unos párrafos a la labor de Ranke como profesor. Si bien no fue muy afortunado en sus clases por su voz monótona, sí lo fue en su seminario en el que el historiador alemán definió su quehacer historiográfico. Había sesiones dedicadas a la teoría y la filosofía de la historia y otras a la crítica de las fuentes. Además, permitió que sus alumnos escogieran libremente el tema de investigación que les interesara a ellos y no al maestro, amén de que instituyó un premio como acicate al trabajo de sus discípulos.¹⁷

En el apartado “Directrices y reglas de la investigación”, Ortega fundamenta su crítica a la historiografía rankeana en la que ya O’Gorman le había hecho desde 1947 a Ranke, en su muy conocido libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, de que cosificaba los acontecimientos históricos al considerarlos objetos de estudio inanimados, ajenos al historiador y dependientes únicamente de las fuentes. De ahí que, para Ranke, si dos documentos se

16 Cuando en los últimos meses de su vida se le preguntó a O’Gorman acerca de los discípulos de José Gaos, respondió: “Gaos tuvo un grupo de amigos entre los que yo fui muy distinguido, el más cercano a Gaos [...]. También Ortega y Medina al principio, pero después no. Escribe libros bonitos pero se volvió positivista”. Teresa Rodríguez de Lecea, “Una entrevista con Edmundo O’Gorman”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, XLVI, 4, 1996, p. 955-957, p. 966.

17 Juan A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, p. 55 y 56.

contradecían habría que esperar la llegada del “documento inédito que venga a descubrir el equívoco”.¹⁸

En suma, Ortega considera que para Ranke la labor del historiador era escribir lo que verdaderamente había ocurrido, evitar las abstracciones tan del gusto de los filósofos-historiadores alemanes.¹⁹ Pero no fue fiel a sus postulados porque en la práctica no se mostró tan desapasionado e incurrió en prejuicios al elegir sus temas de investigación, como fue el caso de su *Historia de los papas*. Tampoco fue imparcial porque miraba todo a través de la perspectiva de un prusiano conservador,²⁰ ni cumplió con el objetivo de agotar los documentos de primera mano, pues en unos casos no tuvo acceso a ellos y en otros fue humanamente incapaz de consultarlos en su totalidad. Sin embargo, Ranke sí tenía una idea de la historia universal, la cual se encaminaba hacia formas más acabadas de civilización, aunque su nacionalismo y su eurocentrismo no le permitieran ver en la historia universal algo más que la mera historia europea.²¹

Finalmente, la serie de artículos y trabajos de diversa índole escritos por Ortega y Medina que completa este volumen ofrece también al lector una interesante perspectiva de la manera en que el historiador malagueño concebía su disciplina y nos revela elementos sustantivos de su pensamiento.

En la Historia, nuestro maestro descubrió “un extraño e inmenso campo creativo”. Ortega advertía sobre la dificultad que entrañaba cualquier definición de la Historia, y más si se trataba de explicarla como ciencia. La Historia es “ciencia” pues se fundamenta en una metodología rigurosa, en un sistema de reglas y artificios que el investigador debe emplear en su intento por trazar el desarrollo del hombre. Empero, su metodología es cualitativa, no cuantitativa, y es subjetiva, no objetiva, ni estadística y pues tampoco “exacta”. Ortega y Medina discutió sobre el problema de la “verdad” en historia. Afirma que el historiador no puede pretender llegar a la verdad absoluta y naturalista del conocimiento pues éste es un principio inalcanzable y frustráneo. Si la historia es vida, como explicó repetidas veces, y ésta se representa siempre como conflicto, lucha y tensión, se sobreentiende de suyo que la historia que

18 *Ibidem*, p. 57 y 58.

19 *Ibidem*, p. 65.

20 *Ibidem*, p. 74.

21 *Ibidem*, p. 77.



relata tales crisis tiene que ser apasionada, combativa, parcial y siempre relativa.

El conjunto de textos aquí reunidos se refiere a la manera en que algunos personajes notables interpretaron la historia. Está el caso de Schiller, tratado en sendos análisis sobre su perfil humanista, están también Clavigero, José María Vigil y Leopoldo Zea, así como de nueva cuenta algunos historiadores soviéticos. Vuelve a estar presente la figura de Edmundo O’Gorman. Ortega y Medina analiza su idea de la historia y la originalidad de sus planteamientos en torno a esta disciplina.